

mismos, declarándolo en ruina (vanos son entonces los esfuerzos por «reescribir la modernidad» ¿como propugna la escuela de Frankfurt?, lo necesario será afirmar con Mounier como ineludible la tarea de «rehacer el Renacimiento», lo cual supone volver a plantearse desde sus mismas raíces); una refutación por parte de la historia que ha consistido en una reducción al mal, y por tanto al absurdo, basta con recordar las consecuencias de los proyectos de liberación totalitarios del comunismo, o los del liberalcapitalismo, o de la *Soah* que sufrió el pueblo judío, por desgracia sólo algunos de los acontecimientos que podríamos evocar para esta inapelable refutación de la historia,³ frutos todos ellos del encumbramiento del Yo a la cúspide de lo real, posición desde la cual difícilmente se puede reconocer al otro como otro, lugar donde la ética pierde por tanto su fundamento. Contemplado desde perspectiva histórica resulta patético que autores como Habermas acaben por proclamarse, a través del concepto de autonomía, herederos de la mejor tradición que considera la alteridad del otro en toda su plenitud.⁴

II. Sin embargo, cuando desde nuestra historia pasada nos volvemos hacia nuestro presente nos encontramos con una situación preocupante. La posmodernidad resulta que no sólo se denomina así por proseguir a la modernidad en el tiempo sino principalmente por ser su heredera legítima y, por tanto, por participar de su presupuesto más fundamental, la exaltación del Yo y el olvido de la ética, como anverso de la misma moneda. Fijémonos un momento en la lectura de la historia que realiza la posmodernidad y las consecuencias que extrae por boca de uno de sus máximos representantes, Lyotard:

«Los datos que podemos recoger acerca de este desfallecimiento del sujeto moderno parecen difíciles de recusar. Cada uno de los grandes relatos de emancipación, sea cual fuere el género al que le haya sido acordada la hegemonía, ha sido, por así decirlo, invalidado de principio en el curso de los últimos cincuenta años:

— todo lo real es racional, todo lo racional es real: Auschwitz refuta la doctrina especulativa;

— todo lo proletario es comunista, todo lo comunista es proletario: Berlín 1953, Budapest 1956, Checoslovaquia 1968, Polonia 1980 [Berlín 1989, el libro es anterior] (me quedo corto) refutan la doctrina materialista histórica: los trabajadores se rebelan contra el Partido;

— todo lo democrático es por el pueblo y para el pueblo, e inversamente: las crisis de 1911, 1929 refutan la doctrina del liberalismo económico, y la crisis de 1974-79 refuta las enseñanzas poskeinesianas a esta doctrina.⁵ «Simplificando al máximo, se tiene por «postmoderna» la incredulidad con respecto a los metarrelatos»⁶. Uno de esos grandes relatos o metarrelatos que cae es la ética. Así lo declaraba hace poco tiempo G. Lipovetsky en una entrevista (*ABC Cultural*, 3 Feb 1995): «La moral de épocas anteriores, propia del cristianismo y de la tradición kantiana, era la moral de un deber exigente, que pide a los individuos sacrificar sus deseos y sus apetitos. Quien infringe las normas se siente culpable y termina en la neurosis o en algo cercano a ella. Es esta moral de los deberes incondicionados, del autosacrificio y del sentimiento de culpabilidad la que se extingue. Algunos grupos la mantienen, claro, pero son marginales». «Las gentes ya no queremos obrar porque así lo exigen deberes incondicionados, sino porque nos apetece hacerlo en un sentido u otro; ya no nos interesa contar con personas que tienen buena voluntad, sino con las que producen buenos resultados; y, desde luego, no queremos ni oír hablar de complejo de culpa».

Una lectura que se olvida por ejemplo de los testimonios de los supervivientes de Auschwitz y de las consecuencias que ellos extraen desde la historia vivida, no desde la mera contemplación de un espectáculo que no compromete en absoluto y frente al cual la posmodernidad rechaza terminantemente cualquier suerte de responsabilidad que puede generar en mí culpabilidad y neurosis. ¡Qué palabra tan distinta la de los que sobrevivieron!: Escuchemos a Wiesel relatar la

marcha de su pueblo natal Shiget a Auschwitz:

«Nadie lloraba entre la muchedumbre. Nadie gritaba. Nadie hablaba. Eran fantasmas surgidos de lo más hondo de la historia. Fantasmas aterrorizados, mudos. Esperaban la orden de ponerse en marcha. Los gendarmes húngaros, con plumas negras en el sombrero, iban y venían con el fusil preparado para disparar, la porra preparada para golpear. Mis padres y yo estábamos junto a la verja; del otro lado, la vida, la libertad, lo que llamamos la vida y la libertad. Algunos transeúntes desviaban la mirada; los más tímidos la bajaban, se les hacía demasiado pesada. Fue entonces cuando, de pronto, lo distinguí. Un rostro en la ventana de enfrente. Las cortinas le escondían el resto del cuerpo: sólo la cabeza era visible. Parecía un balón hinchado. Calvo, la nariz aplastada, los ojos grandes y vacíos. Un rostro anodino, común, aburrido: ninguna pasión lo había agitado. Lo observé un buen rato. Miraba afuera sin reflejar pena ni satisfacción, ni impresión, ni siquiera enfado o interés. Impasible, frío, impersonal. El espectáculo le dejaba indiferente. ¡Vaya! ¿Esos hombres van a morir? No es culpa suya, faltaría más; no es él, ni mucho menos, quien ha tomado la decisión. Él no es ni judío ni antijudío: un mero espectador, eso es lo que es. Siete días, el patio de la vieja sinagoga se iba llenando y vaciando. Él, de pie tras las cortinas, miraba. Los gendarmes golpeaban a mujeres y niños: él no se inmutaba. No era asunto suyo. Él no era víctima ni verdugo: testigo, eso es lo que era. Quería vivir tranquilo. Su cara vacía de toda expresión me persiguió durante largos años. He olvidado muchas otras: la suya no. Los gendarmes húngaros eran crueles. Mi memoria no ha guardado de ellos más que una visión de formas sueltas: un bigote, una culata de fusil, un brillo de placer animal. Lo mismo pasa con los alemanes: me acuerdo de sus gestos, de sus gritos roncacos, de su brutalidad helada y metódica. Pero el único rostro que mi memoria guarda intacto es el suyo. No sentía hacia él ni odio ni rabia: simplemente curiosidad. No le entendía. ¿Cómo se puede ser testigo indefinidamente? ¿Cómo se puede seguir besando a la

mujer que se quiere, rezar a Dios con fervor si no con fe, soñar en un porvenir radiante, después de haber visto aquello? ¿Después de haber visto la línea precisa que delimita la vida y la muerte, el bien y el mal?»⁷.

III. Para espíritus despiertos y sensibles a los avatares de la dignidad humana en la historia los peligros de la cultura moderna se habían hecho ya presentes tras la I Guerra Mundial, aún sin haber podido siquiera imaginar la «solución final». En los años veinte Buber, Ebner, Rosenzweig, y Marcel —con ellos se puede decir que empieza propiamente el personalismo comunitario— pusieron el dedo en la llaga al afirmar que nuestra cultura se había olvidado del Tú, fuente, por lo demás, de todo sentido humano. Iniciando así un nuevo planteamiento en la forma de entender el acercamiento al otro, dándole un puesto central a la ética que no será ya más una disciplina entre otras de las que componen el cuerpo del saber, sino la expresión de la forma propiamente humana de estar en la realidad.

Buber⁸ —sobre su pensamiento estará centrado el resto del artículo— ha ido construyendo toda su obra desde una intuición fundamental: el descubrimiento de lo que denominó *palabras fundamentales*. Con este término se refiera a las dos posibles actitudes con que el hombre se puede instalar en la realidad al pronunciar alguna de estas palabras. Una de estas palabras fundamentales es la palabra Yo-Ello, la otra la palabra Yo-Tú. Cada una de estas palabras fundamentales, esto es, cada una de estas actitudes, tiene una forma propia de concebir al yo y al mundo.

Cuando se afirma el *Yo-Ello* se entra en el mundo de la *experiencia*. El Yo se convierte en el punto central de referencia para todo lo demás, incluidos los otros hombres, que pasan a ser *objeto* para mi disfrute, mi manejo, mi uso, para mi saber. Todo aquello que se me presente se convierte en algo para mí. Del Ello puedo extraer un saber pero nunca participaré de él. Podré arrojar sobre el objeto múltiples calificativos de todo tipo, pero nunca permitiré que se

presente él desde su verdadero ser-otro-que-yo-mismo, sin convertirlo en objeto en absoluto. Desde esta actitud experimentadora me ocurrirá como al rey Midas, siempre que me intente acercar al otro, en su verdadera alteridad, lo único que obtendré será un objeto, un cúmulo de propiedades que le atribuyo, pero nunca a él mismo. En su núcleo, la modernidad ha bebido de esta convicción. Como dice Buber: «La experiencia es el Tú en lejanía» (YT, 15). Y ya en el mismo nacimiento del pensamiento moderno el agudo espíritu de Pascal señalaba estos problemas:

«Un hombre que se asoma a la ventana para ver a los que pasan; si yo paso por ahí ¿puedo decir que se ha asomado para verme? No, pues él no piensa en mí particularmente; pero el que ama a alguien por su belleza, ¿lo ama? No, pues la viruela, que destruirá la belleza sin destruir a la persona, hará que ya no le ame. Y si me ama por mi juicio, por mi memoria, ¿me ama a *mí*? No, pues yo puedo perder esas cualidades sin perder mi yo. ¿Dónde está, pues, ese yo, si no reside en el cuerpo ni en el alma?, y ¿cómo amar el cuerpo o el alma sino por estas cualidades, que no son lo que hace al yo, puesto que son perecederas? Porque ¿se amaría la sustancia del alma de una persona abstractamente, y algunas cualidades que están en ella? Esto no es posible, y sería injusto. Por tanto, no se ama nunca a nadie, sino solamente sus cualidades».⁹

La otra palabra básica es *Yo-Tú*. Cuando pronuncio esta palabra entro en la *relación*. Buber habla de tres esferas de la relación, pero aquí tan sólo interesa la relación con el ser humano. La relación tiene tres características fundamentales: exclusividad, reciprocidad e inmediatez. Cuando entramos en relación con el Tú se nos presenta como tal, es decir, como Tú y llena el orbe. Todo lo demás vive de su luz. Ya no lo leemos a través de calificativos y propiedades que lo comparan con el mundo, sino que tiene significación propia, no necesita del contexto. El Tú no es objeto en sentido alguno, ni siquiera como objeto especialmente sobresaliente. Aquí ya no se tiene objeto alguno, propiamente no se posee nada, sino que se está en relación. Es

ta *exclusividad* de la relación, como vemos, lleva a modificar sustancialmente la implantación en la realidad del ser humano que pronuncia la palabra básica Yo-Tú. El encuentro se produce ciertamente en el mundo pero por la exclusividad no se le interpela al yo como perteneciente al mundo.

La *reciprocidad* también supone importantes transformaciones. «Yo llego a ser Yo en el Tú, al llegar a ser Yo, digo Tú» (YT, 17), así resume Buber esta segunda característica. Resulta por tanto que en la relación se entremezclan pasividad y actividad. El Tú me sale al encuentro, toma la iniciativa. Por mucho que me forzara nunca con mis solas fuerzas podría alcanzar el ámbito de la relación. Antes que nada está la donación del Tú. Luego viene la actividad por parte del hombre, ha de responder. Es necesario que el Yo le diga la palabra básica. Conviene fijarse que el Yo propiamente sólo se constituye cuando responde al Tú al entrar en relación. Es desde la relación que Yo y Tú llegan a ser tales. Un ámbito que Buber designó como el ámbito del entre. «Una conversación de verdad (esto es, una conversación cuyas partes no han sido concertadas de antemano sino que es del todo espontánea, pues cada uno se dirige directamente a su interlocutor y provoca en él una respuesta imprevista), una verdadera lección (es decir, que no se repite maquinalmente, para cumplir, ni es tampoco una lección cuyo resultado fuera conocido de antemano por el profesor, sino una lección que se desarrolla con sorpresas por ambas partes), un abrazo verdadero y no de pura formalidad, un duelo de verdad y no una mera simulación; en todos estos casos, lo esencial no ocurre en uno y otro de los participantes ni tampoco en un mundo neutral que abarca a los dos y a todas las demás, sino, en el sentido más preciso «entre» los dos, como si dijéramos, en una dimensión a la que sólo los dos tienen acceso. «Algo me pasa», y cuando digo esto me refiero a algo concreto que puede distribuirse, entre el mundo y el alma, entre el proceso «exterior» y la impresión «interna», pero cuando yo y otro (empleando una expresión forzada pero que difícilmente podríamos

mejorarla con una perífrasis) «nos pasamos el uno al otro», la cuenta no se liquida como en el caso anterior, queda un resto; un como lugar donde las almas cesan y el mundo no ha comenzado todavía, y este resto es lo esencial». ¹⁰ Muchas son las situaciones que como señala Buber tienen ese resto esencial. Importante es señalar que sólo después de la relación aparecen separados el Yo y el Tú. Un Yo que no se entenderá como individuo como ocurría en el sujetoerimentador de la palabra Yo-Ello, sino como persona que responde ante, y se responsabiliza por, el Tú. Persona que aparece en la ética.

Finalmente está la *inmediatez*. «Entre el Yo y el Tú no media ningún sistema conceptual, ninguna presciencia, y ninguna fantasía» (YT, 17). Es esta inmediatez la que hace de la presencia del rostro del otro un mandato inmediato, la que confiere a la caridad su característica más especial y también más incómoda: «En efecto, la caridad se pone en juego en el presente: para saber si amo, no tengo ninguna necesidad de esperar, tengo que amar y sé perfectamente bien cuándo amo, cuándo no amo, cuando odio (...) la caridad no espera nada, comienza inmediatamente y se realiza sin demora. La caridad administra el presente. Y justamente el presente, visto desde el punto de vista de la caridad, significa también ante todo el don. La caridad hace presente el don, presenta el presente como un don. Hace don al presente y don del presente en el presente. (...) a propósito de ella no vale ninguna excusa, ninguna escapatoria, ningún discurso de excusa. Amo o no amo, doy o no doy». ¹¹ Lo quiera o no he de responder, mi responsabilidad por el otro es ineludible e inaplazable.

Si como categoría fundamental para ilustrar la experiencia Buber utilizaba el objeto ahora como categoría fundamental para expresar la relación echa mano de la *actualidad* (presencia). ¹² Otra de las categorías que resume las características expuestas es la de rostro. A ella a dedicado Levinas importantes análisis. Un texto suyo sirve perfectamente como resumen de lo dicho hasta ahora: «El rostro es significación, y significación sin contexto. Quiero decir

que el otro, en la rectitud de su rostro, no es personaje en un contexto. Por lo general, «somos» un personaje (...). Y todo significación, en el sentido habitual del término, es relativa a un contexto tal: el sentido de algo depende, en su relación, de otra cosa. Aquí, por el contrario, el rostro es, en él solo, sentido. Tú eres tú. En este sentido, puede decirse que el rostro no es «visto». Es lo que no puede convertirse en un contenido que vuestro pensamiento abarcaría; es lo incontenible, os lleva más allá. En esto es en lo que consiste el que la significación del rostro hace salir del ser en tanto que correlativo de un saber. Por el contrario, la visión es búsqueda de una adecuación; es lo que por excelencia absorbe al ser. Pero la relación con el rostro es desde un principio ética. El rostro es lo que no se puede matar, o, al menos, eso cuyo *sentido* consiste en decir: «No matarás». (...) Rostro y discurso están ligados. El rostro habla. Habla en la medida en que es él el que hace posible y comienza todo discurso. Hace poco he rechazado la noción de visión para describir la relación auténtica con el otro; el discurso y, más exactamente, la respuesta o la responsabilidad es esa relación auténtica». ¹³

Estos son algunos de los aspectos más nucleares que el pensamiento personalista y comunitario ha ido señalando con respecto a la relación interhumana, su ineludible carácter ético, y su indiscutible papel para llegar a descubrirnos como personas. El Tú, el otro antes que nada es quien me salva. Bellamente lo expresó Dostoievski en su obra *Los Hermanos Karamázov* —en el capítulo dedicado a las enseñanzas del *stárets* Zosima—: «Padres y maestros, pienso: «¿Qué es el infierno?» Me lo explico así: «Es el sufrimiento de no poder volver a amar jamás». ¹⁴ **A**

Notas

1. Ha-Levi, Yehuda: Poemas de amor y vino en *Poemas*. Intro., trad. y notas Ángel Sáenz-Badillos y Judit Targarona. Edic. Bilingüe. Ed. Alfaguara. Madrid, 1994. pág. 85.
2. Levinas, E.: *Totalidad e Infinito*. —*Ensayo sobre la exterioridad*—. Trad. D. E. Guillot. Ed. Sígueme. Salamanca, 1987.

3. Las ideas aquí expuestas se pueden ampliar en García-Baró, M.: «Notas sobre cómo plantear el problema filosófico de Dios» en *Diálogo filosófico* 28 (1994) 4-26.
4. Habermas, J.: «Atenas e Israel» en *Isegoría* 10 marzo, 1995.
5. Lyotard, J. F.: *La postmodernidad (explicada a los niños)*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1986. pág. 40. *El entusiasmo*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1987. pág. 125. Los textos los tomo del trabajo de Mardones: *El desafío de la postmodernidad al cristianismo*. Cuadernos Fe y Secularidad. Madrid 1988.
6. Lyotard: *La condición postmoderna*. Cátedra, Madrid 1984. p. 10.
7. Lyotard: *La postmodernidad (explicada a los niños)*, pág. 31.
8. Cfr. Buber, M.: *Yo y tú*. Trad. Carlos Díaz. Colección Esprit. Caparrós Editores. Madrid, 1993.
9. Pascal, B.: *Pensamiento*. (L 688). Trad. J. Llansó de Lafuma. Ed. Alianza. Madrid, 1981. pág. 212.
10. Buber, M.: *Qué es el hombre*. Trad. Eugenio Imaz. Ed. F. C. E. Madrid, 1984 12. págs. 147-48.
11. Marion, J. L.: «El conocimiento de la caridad» Trad. Pablo Largo en *Communio* 2ª época XVI (Sept-Oct 94), pág. 385.
12. Buber aprovecha el juego de palabras alemán *Gegenstand* (objeto) y *Gegenwart* (actualidad, presencia).
13. Levinas, E.: *Ética e infinito*. Trad. Jesús Mª Ayuso. Ed. Visor. Madrid, 1991. págs. 80-82.
14. Dostoievski, F. M.: *Los hermanos Karamázov*, libro VI, cap. III. Trad. Augusto Vidal. ed. Cátedra. Madrid, 1987. pág. 501.

Educar según modelos

Ángel Barahona

Miembro del Instituto E. Mounier.

1. Desde el triste presente

Es un tópico en educación hablar de métodos, objetivos, diseños didácticos, pautas de aprendizaje y otros enseres teóricos. La misma pedagogía ha tomado un cariz muy pragmático: quiere conseguir un desmenuzamiento de los objetivos hasta niveles casi ridículos por impracticables, divididos en destrezas, aprendizajes puntuales, especializados, técnicos, sin plantearse una educación que tome en cuenta las *nuevas circunstancias*, los *nuevos hombres* que se están definiendo. ¿Qué nuevas circunstancias, qué nuevos hombres?

La lucha que han de librar los educandos del futuro se da en condiciones de franca desventaja para ellos, pues nada parece apuntar hacia un modelo personalizado con nombre propio, hacia un «maestro» con quien relacionarse de forma que impregne y contagie cual contrapeso frente al poder seductor que ejercen los medios audiovisuales, no sólo porque éstos menoscaban la dignidad de los teleimitadores, porque exploten comercialmente el dolor ajeno, porque traten a la mujer como un objeto, porque hieran la sensibilidad del menor, que debe ser protegido por la ley (párrafo 4, art. 20 y art. 14 de la Constitución), porque dinamiten la presunción de inocencia, condenando antes de que se dicte sentencia en tantos reality shows, porque campeen a sus anchas contra los derechos de los indefensos, sino también porque con aire prepotente legitiman esas lesiones proponiendo valores sin discusión, o con discusión *light*, o los presentan como absolutos siendo relativos, insignificantes o marginales, porque apoyándose en tópicos como igualdad, democracia y tolerancia exigida,

canonizan a santones de devociones esotéricas, porque, en suma, nos hacen comulgar con ruedas de molino, marcan «nuestros» horarios, imponen «nuestros» criterios, nos ponen las gafas del color que quieren y desvirtúan la realidad mediante tópicos arbitrarios que jamás se replantean: derechos de la mayoría, libertad de expresión, respeto de la diversidad...

Así las cosas, nuestros educandos no encuentran más que respuestas espúreas, inmediatas, que se gastan en poco tiempo. Lo tienen todo y no tienen nada. Sus verdaderos problemas pasan muy por encima de los que le plantea su educación; por ejemplo el simple sentido de la vida, de las cosas que hacen.

Los maestros ya no existen, quedan profesores con los que pasar gran parte de su día, figuras móviles que no dejan huella, no hay «pastores del ser», sólo personajes público-televisivos, tal vez sólo se trate estrellas fugaces que relumbren un momento, pero cuyo vértigo envuelve. El «mea más un buey que cien golondrinas» aplicado a la cotidianidad se traduce en que dice más una rutilante imagen televisiva que mil palabras de un profesor. Los profesores mismos se contemplan más como funcionarios que imparten información con relativas ganas, que como maestros, síntoma inequívoco de sensación de derrota. Y algunos de los que dejan poso, mejor que no lo dejaran porque después hay que llamar al pocero para evacuar la ciénaga: les dijeron «carpe diem», «vive la vida», «esto se acaba, afirmate siempre, no te reprimas, sé crítico sin misericordia», «corre hacia adelante, no mires los cadáveres que dejas detrás de tu insaciable deseo». De lo que no les dio tiempo de advertirles fue de que la vida es

dura, que nuestras frivolidades causan dolor, que el sufrimiento derivado del esfuerzo curte, que el fracaso es eucatastrófico, que se necesita de los demás para vivir, personas a las que tantas veces se ha de perdonar y ser perdonado, con las que hay que colaborar y rehacer lo deshecho, reír y llorar. Entre quienes ejercen de profesores hay quienes «educan» (dejemos el eufemismo por cortesía) propositivamente, diciendo como sin querer: «lo único que cuenta es triunfar», «el poder es apetitoso», «la única fuente de placer», «ser es tener», «piensa en sobrevivir y luego podrás pararte a charlar», «el tiempo de enseñanza es un carrera de obstáculos que hay que salvar», «nadie te va a examinar de ética, es una maría». En suma, lo irónico en esta nueva religión laica es que huye de la realidad proponiendo otra seudomaravillosa que no es sino negra, perversa, porque el rostro de la frustración es irascible, cansino, entra tarde en clase, cualquier incomodidad le exaspera, la desgana desaliñada o el autoritarismo aparentemente atareado —tanto monta—. En fin, por mucho que su mensaje diga que dice, antes de que la lengua despegue aterriza el rostro sobre el espejo del otro diciéndolo todo: ¿merece la pena enseñar? ¿hay algo que enseñar?

2. ¿Qué se enseña realmente y qué es realmente enseñar?

Lo primero: se intenta informar, impartir destrezas prácticas para el futuro —sobre todo los tediosos troncos de las futuras ramas, que luego servirán para encaramarse en los árboles de los diversos poderes—, comunicar algunos contenidos, compartir algunas experiencias... de laboratorio. Y nada más. Luego lo que la oscura cara de la luna nos oculta por un lado nos lo revela por el otro, pues lo que se aprende son hábitos, actitudes, formas, vaguedades, ideas mal cogidas por los pelos cuanto más estridentes y marginales tanto más atractivas. La radicalidad del adolescente y la frustración mayoritaria del docente (sin culpabilizar, pues se trata de víctimas en ambos casos) hace que lo zafio se tome por renovador, lo estrambótico por

verdadero, sin ningún tipo de tamiz crítico. La tradición, lo antiguo, las normas, lo clásico, o lo que es lo mismo: los valores... ¡cosas de *espíritus decadentes!*

«Enseñar», lo segundo, se nos escapa: es más de lo que se dice en los textos, de lo que se lee en los exámenes, de lo que cuentan en casa. Aquí «enseñar», lo que se dice «enseñar», se puede hacer en el Bar que en los papeles, en el estadio, en casa, en los pasillos, entre los amigos, mejor que con el aséptico bolígrafo. La moral entra por los poros, no por la inteligencia; en un mundo violento, competitivo, que rechaza la tradición, que no valora más que el vértigo del futuro y el riesgo, el «busco emociones fuertes»... ¿quién hablaría de moderación, de solidaridad, de valores de convivencia, sin recibir una sonora carcajada en pleno rostro. Sin saber qué dirección es la más conveniente, todas parecen iguales; nos guiamos por el sentimiento del me apetece-no me apetece, me mola-no me mola, me cae bien-no me cae bien, saco-no saco beneficio...

Los medios de masas se han posado en nuestro hombro y, como el loro del pirata, nos susurran día y noche: «Si no disfrutas de *ese* árbol del jardín, como si no disfrutaras de ninguno»; «si no lloras no mamas»; «si no puedes comprarte *eso* no puedes ser normal»; «si accedes a *eso* te catapultas a lo otro», lenguaje subliminal que interiorizamos sin querer, sin ser conscientes: «tanto tienes, tanto aparentas, tanto mientes,... tanto vales». Los medios lo saben, aunque no lo sepan nuestros ministros de educación, que desglosan hiperanalíticamente nuestra conducta sin darse cuenta de que la gran parte de nuestros conocimientos, modos de vida y destrezas son asimiladas por ósmosis y mediante modelos. Quienes planifican el hombre del futuro desde un despacho han dejado la veda abierta a los medios para que sustituyan a la familia y a la escuela y se conviertan ellos en los auténticos transmisores de valores. ¿Qué joven no tiene como meta ser imitador de no se qué ídolo de la TV? No lo confiesa abiertamente, pero lo canta por todos los rincones de sus actitudes, pensamientos íntimos y vestimentas, expectativas, gestos. Y no es la imitación al-